

LA NUEVA GRANADA, LA UTOPIA CONTINUA
REFLEXIÓN A PARTIR
DE LA NUEVA GRANADA: 20 MESES EN LOS ANDES,
DE ISAAC F. HOLTON

*La connaissance des moeurs humaines demande
du temps.*

F. R. DE CHATEAUBRIAND

0. Todos los pueblos de la tierra se han creído siempre mejores que sus vecinos; etnocentrismo y nacionalismo han constituido deformaciones omnipresentes de las comunidades humanas. Pero la posición contraria también existe: se puede preferir sistemáticamente a los otros y no a sí mismo; es esta actitud la que constituye el 'exotismo', aunque, a decir verdad, la oposición es más aparente que real, la imagen exótica no es frecuentemente más que un cliché que pareciera estar condenado a ser diferente de lo que es familiar al observador. Si más allá de la literatura exótica es posible imaginar un aprovechamiento real del extranjero por parte del viajero, éste quedará entre líneas en su relato; eso es, precisamente, lo que trataremos de ilustrar con el ejemplo que nos ha dejado la literatura de viajes en Colombia.

Al margen de compromisos y justificaciones, la posición privilegiada de algunos viajeros extranjeros en la República de la Nueva Granada (1832-1858), asombrados por la realidad que contemplaban y movidos por un auténtico deseo de conocer, ha convertido sus relatos de viaje en invaluable testimonios de la realidad neogranadina. La expresión de las aspiraciones de los diferentes grupos humanos, tanto como sus posibilidades de realización, han quedado finalmente retratadas en el discurso y en la ideología de la lite-

ratura de viajes; uno de los relatos más representativos al respecto es: *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, del estadounidense Isaac F. Holton *, quien visitó la Nueva Granada en la década de 1850.

La Nueva Granada, como América, fue un espacio soñado, y como tal de dimensiones mayores a quienes lo soñaron; un territorio descomunal que aún hoy cuenta con parcelas de ficción y pánico, lagunas de misterio y abandono; hubo en ella ríos de sangre impracticables, así como caminos de decretos resbaladizos y mortales, pero fue también una veta de acentos declarada infinita como el carbón y la sal. Por constitución de 1832 se organizó la República de la Nueva Granada, y Francisco de Paula Santander ocupó la presidencia; el Nuevo Mundo, la Gran Colombia, el sueño de Simón Bolívar seguía fragmentándose, recogándose en espacios más coherentes y prácticos; al sur de la trifurcación de la cordillera de los Andes quedaría Ecuador, mientras que al otro lado del Orinoco miraría Venezuela con las garras atentas.

Por la inercia del dominio español, porfiadamente adosado en América, y por la revisión institucional y económica de la naciente república, los oficios han quedado diseñados, el comercio trazado, la voz y la pasión cristiana implantadas; aun así había que soñar la Nueva Granada, rugiente hazaña antiespañola, ahora no venezolana, ni ecuatoriana. Aunque la diversidad humana del 'nuevo' territorio político resultaba infinita, la población perfilaba, concretaba y diferenciaba con esfuerzo sus aspiraciones de nación. En términos materiales la Nueva Granada proyecta su potencialidad hacia el mundo con un activo comercio de oro y tabaco, una privilegiada ribera en el Atlántico, un espléndido acceso al interior por el río Magdalena, una franja en el Pacífico, rica en minerales e igualmente extensa y prometedora; un istmo, en fin; una extensa llanura, montañas descomunales y la selva espesa aún infranqueable.

* ISAAC F. HOLTON, M. A., *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, traducción de Ángela de López, Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1981.

Sin coincidir espacial ni culturalmente con ningún dominio indígena antiguo, aunque integrando y parcelando pueblos aborígenes aún en franca lucha por su hegemonía, la República de la Nueva Granada, poseedora de su propio tiempo y expresión, se proclama utópicamente como 'unidad nacional'. Será el paso de los años, sin embargo, el que consolidará un espíritu general de nación resultante de toda una serie de factores: las formas tentativas de gobierno, los partidos políticos en continua discordia, las instituciones públicas en ciernes, el abanico de tradiciones y costumbres, la variedad geográfica, la religión incrustada con furor y cultivada con negligencia, la lengua difractada en cientos de hablas regionales, y así sucesivamente. Pero en este territorio en el que las etnias se han integrado a cruz y espada constituyendo el grueso de la nueva población, ¿cuáles son las cualidades específicas que lo reconocen como nación?, ¿cuáles las obras que lo distinguen como tal? Aspectos como éstos son los que captan los ojos no neogranadinos de Isaac F. Holton del mosaico de estilos de vida, de las tentativas y barreras, de los esfuerzos descomunales y/o los programas caducos de hombres proyectados hacia el futuro o simplemente detenidos en la gloria de su patriotismo.

1. LA IDEA DEL OTRO.

Isaac F. Holton, profesor de química y de historia natural en Middlebury College, Estados Unidos, recorrió los Andes neogranadinos durante 20 meses a partir del 21 de agosto de 1852. Movidado por el interés científico de observación y clasificación de la flora colombiana, de la que se declara desconocedor, inicia el relato de su viaje cómodamente instalado en la aislada población de Vijes, en el Cauca. Puesto en obra, pronto involucra Holton en su descripción reflexiones de orden social, religioso, político, económico, etc., las cuales convierten su relato en una clara posición ideológica nacionalista desde la cual confronta y juzga el orden de vida neogranadino:

En nuestro país los hombres se desesperan si pierden un día a causa de la pleamar, o por la negligencia de un sirviente, especialmente si el invierno está cerca, si llega la primavera, o si se aproxima cualquier otro cambio que exija mucho trabajo. En cambio, el granadino ve tranquilamente un día seguir a otro, como fluyen las aguas del río, sin preocuparse, porque piensa que dispondrá de un número indefinido de días. La ausencia total de relojes refuerza esta ilusión (pág. 20).

Admito que fui incapaz de hacerle entender al cura la superioridad de nuestro sistema: así funcionan los prejuicios. En cambio, los más degradados entre nosotros lo reconocen al momento (pág. 432).

Éstos no son más que dos ejemplos de la infinidad de alusiones comparativas presentes en el relato de Holton; recurso metodológico que el autor considera altamente ilustrativo, ya que como extranjero cree 'gozar' ante la Nueva Granada de la misma relación de superioridad que las naciones imperialistas en relación con los demás pueblos. El pensamiento cientificista de Holton, promotor del etnocentrismo más generalizado e impropio, erige cumplidamente en su discurso el orden de valores propios de su sociedad, proyectándolos como valores universales. Pero Isaac Holton, ciudadano estadounidense, no ignoraba acaso que la lección de lucha despiadada por la tierra y la riqueza, y otros tantos 'valores' por él aprendidos de su nación, los cuales propone como modelo para la Nueva Granada, no constituían para los latinoamericanos y para el mundo en general más que la cruel y dulce amenaza del progreso, el cual traía emparejados la ambición, el lenguaje y las maneras norteamericanas, todo a cambio de la propia savia de la cultura y la tierra de las nuevas naciones americanas. Los siguientes son testimonios de la época:

Entonces su país tiene que ser un paraíso para los malhechores. No me sorprende lo que sé de los bandidos que mantienen nuestro istmo bajo un régimen de terror (pág. 432).

Los americanos del norte establecidos definitivamente en la Nueva Granada son poco numerosos, pero quienes fijan aquí su residencia se apresuran a reclamar el título de ciudadanos granadinos. Impacientes por pronunciar los discursos, por ejercer sus derechos y cumplir las funciones públicas, se hacen naturalizar antes de saber

hablar español, pero hagan lo que hagan son mal vistos a causa de su altanería anglosajona y de su espíritu de dominación¹.

También les dije [a un grupo de indígenas aruacos] algunas palabras de esos terribles *yankees*, que ellos se representaban como espantosos demonios que no tenían siquiera rostro humano².

Holton enjuicia la situación neogranadina en aras del “desapasionamiento”, la “fidelidad” y la “imparcialidad”, estableciendo así con la Nueva Granada una relación observador/observado. El territorio es exótico; Holton, observador crítico. Pero es precisamente por este papel predominante del viajero por lo que su relación de comunicación con el pueblo visitado resulta poco importante, pese al conocimiento de la lengua. Efectivamente, en el relato de Holton, como en otros de su estilo, son realmente pocas las oportunidades que tiene el lector de ver la realidad a través de los ojos de los neogranadinos; al respecto comenta Tzvetan Todorov:

Una experiencia consagrada a la búsqueda de impresiones implica [...] que el viajero sea el único ser humano elevado a la dignidad de sujeto [...]. El hombre viajero es activo; llega un día, parte otro; entre los dos, no tomamos conocimiento más que de sus experiencias y de sus sensaciones [...]. La relación es de dominación, no de reciprocidad³.

Con su establecimiento como república, la Nueva Granada ganó, más que una unidad, una desgada división en múltiples sentidos: tipos regionales, partidos políticos, estratos sociales, etc.; el mestizaje cultural indeleble y la dificultad de acomodación entre los ideales y las posibilidades de desarrollo de las diferentes comunidades agudizaron las diferencias en el interior del pueblo que logró su independencia política con el esfuerzo de todos. Isaac Holton declara:

¹ ELISÉE RECLUS, *Voyage à la Sierra Nevada de Sainte-Marthe*, Cadeilhan, Éditions Zulma, 1991, pág. 141. La traducción es nuestra.

² *Ibid.*, pág. 214.

³ TZVETAN TODOROV, *Nous et les autres: la réflexion française sur la diversité humaine*, Paris, Éditions du Seuil, 1989, págs. 347-348. La traducción es nuestra.

La naturaleza humana es, en verdad, esencialmente la misma en todas partes, pero infinitamente diversificada por el poder de las circunstancias externas (pág. 19).

Para ir a la fuente de esa 'diversificación' Holton se propone estudiar "las distintas fuerzas morales que influyen en el carácter de los granadinos" (pág. 20), pero el panorama social que descubre le resulta supremamente impreciso debido a la variedad étnica y a la 'blanda' moralidad de las personas. Como cualquier racista, Holton opta por cargar su discurso de marcas evaluativo-negativas acerca de los tipos humanos congregados en el territorio neogranadino, clasificando sin ambages, razas, oficios, partidos políticos, credos, sexos, etc.

La historia nos ha demostrado en muchas oportunidades que la clasificación de los individuos amenaza reducir su especificidad a simples objetos; éste es uno de los mayores defectos del pensamiento europeo transmitido a América. El hombre universal que transforma el mundo y asciende a la cultura ha sido minuciosamente distribuido, asignado, segregado, repartido, etc.; de esta manera las personas llevadas de África a América y sus descendientes, así como los indígenas americanos, padecieron el patronazgo moral que cada europeo y cada descendiente de europeo quiso imponerles en su calidad de 'etnólogos natos'. Así, por ejemplo, Isaac Holton, americano descendiente de europeos, no más al empezar su relato, expresa:

En honor a mi venida, la niña más pequeña se pone la camisa, quizá la única prenda que posee, pero *la apariencia del diablito* apenas sí mejora, porque el vestido, aunque tan negro como su piel, es muchísimo menos limpio [pág. 15; el subrayado es nuestro].

Y más adelante dice:

Si me veo en la necesidad de sentarme a la mesa con negros, lo acepto de la mejor manera posible, pero hubiera preferido no haber tenido que estar en compañía de una novia embarazada (pág. 503).

En relación con los indígenas, a quienes nombra: "¡Pobre raza!" (pág. 260), "clase desafortunada y con tan poco

prestigio" (pág. 240), los comentarios de Holton, aunque escasos, apuntan a su misma deliberada ideología concerniente a las razas humanas. Las antiguas denominaciones, 'chapetones' (españoles) y 'criollos' (nacionales), cayeron en desuso con el cambio institucional colombiano; pero, en compensación, quedaron las de 'orejones':

La sociedad bogotana, más culta pero más pobre, no aprecia mucho a los ricos terratenientes de la Sabana y los llama orejones, no sé por qué razón. Se tiene en ella la idea de que son una especie de carniceros, grandes, fornidos, bruscos y crueles y con los rasgos inconfundibles que los hacen ver en todas partes como ricos estúpidos (pág. 138).

Y "cachacos", "los de ruana":

Aun cuando mi buena patrona Margarita tiene una prevención bastante grande en contra de los cachacos (nombre que aquí dan a los jóvenes que usan saco), ordenó a la cajera que sólo diera crédito moderado a los de ruana. Hace mucho tiempo que me ha llamado la atención el desprecio que le merecen los petimetres que gastan libremente y pagan poco (pág. 592).

"Señoras":

Por último desfilaron al frente del paso de la Virgen las *señoras* bogotanas, de ojos y pelo negros, con mantillas de encaje negro en la cabeza. Nunca me imaginé que en Bogotá hubiera tanta belleza (pág. 582).

La lista podría ampliarse si fuéramos a la calidad de los oficios y a la traza moral de las personas.

De otra parte, la experiencia directa de Holton, por completo desadaptado en la sociedad que visitaba, le proporcionó infinidad de dificultades y enfados con toda clase de personas, sobre todo con quienes debían prestarle algún servicio, como peones, guías, patronos, señores y criadas; especialmente estas últimas confrontaron de la manera más cruda su condición de extranjero:

No se puede despedir a un criado por hurto, porque siempre existe la posibilidad de que el que lo reemplace haya estado desocupado mucho tiempo y de consiguiente robe en pocos días lo que no

robó en varios meses [...]. En pocas palabras, es ridículo intentar averiguar sobre la honradez de los sirvientes, porque ellos no tienen ningún principio moral (pág. 144).

Las cocineras andinas tienen la facultad innata de destruir el sabor natural de todas las carnes; con sus métodos culinarios hacen hasta del pavo una comida completamente desabrida (pág. 153).

¿Cuál es entonces el carácter de los neogranadinos que Holton se propone presentarnos? ¿Dónde ha ido a parar su postulado inicial acerca de la “diversidad de la naturaleza humana”, si al momento decisivo de experimentarla y exaltarla subvalora los grupos culturales y sociales que configuran la sociedad neogranadina? Las “circunstancias externas” de las que Holton habla son, por el contrario, determinaciones internas de ninguna manera encasillables en criterios tan parciales como el color de la piel, la sazón de las comidas, la belleza, etc. Cuando Holton habla de la fealdad de la gente está correlacionando estética con ética; he ahí el defecto mayúsculo de su concepto de la Nueva Granada; sus juicios de valor, su inquietud por la “moralidad” de la gente simplifican desafortunadamente tanto el ancestro cultural neogranadino como el programa de las comunidades hacia el futuro. Al respecto comenta Lévi-Strauss:

No se puede desear a la vez la diversidad de las culturas y la familiaridad con las culturas diferentes a la nuestra; porque la familiaridad es el primer paso hacia la desaparición de esa diversidad [...].

No es la familiaridad con una cultura extranjera la gran causa de la desaparición de las culturas autóctonas. La destrucción de las tradiciones ocurre fácilmente por la sumisión a las tradiciones extranjeras⁴.

2. EL ESTADO DE COSAS.

El país que Holton eligió para ver en más detalle la flora tropical le ofreció igualmente enormes dificultades y sorpresas. Por sus características topográficas la Nueva Gra-

⁴ CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *Le regard éloigné*, Paris, Plon, 1962, pág. 180. La traducción es nuestra.

nada resultaba ser el país suramericano en el que el paso de una provincia a otra acarrea mayores dificultades; los caminos quebrados por la sucesión de valles y montañas obligaron al uso continuado de animales y hombres de carga, en tanto que el sistema de transporte en los ríos no dejaba de ser de los más primitivos: "El paso de un río en la Nueva Granada es asunto muy serio" (pág. 334), comenta Holton. En estas condiciones el envío de mercancías pasaba por un sinnúmero de transportadores intermediarios que elevaban su costo y dilataban irremediabilmente la fecha de entrega en el lugar de destino. El sistema de transporte de carga y pasajeros por el río Magdalena, pese a ser uno de los más efectivos de Latinoamérica en aquel entonces, no era del todo fácil debido a su alto costo, a las irregularidades de la corriente, al clima malsano y bochornoso, a las incómodas condiciones de los barcos, los continuos transbordos, las hordas de mosquitos y la desidia de los marineros.

La movilización por tierra o por agua obviamente avivó las más enconadas protestas de los viajeros extranjeros en la Nueva Granada; en su *Viaje por Colombia, 1825 y 1826*, Carl August Gosselman anota:

El recorrido terrestre [de Santa Marta a Cartagena] tiene diferencias con el marítimo en cuanto a tiempo, precio y dificultades, las cuales son de tal envergadura que muchas veces es preferible esperar semanas y semanas la llegada de un barco antes que hacer el recorrido por tierra⁵.

Holton, por su parte, no cesa de rezongar contra los difíciles caminos, su pésimo trazado, etc., sin llegar a otra conclusión mejor que decir: "Únicamente un norteamericano podría trazar carreteras útiles en la Nueva Granada" (pág. 126).

Pero eran innumerables los aspectos de la Nueva Granada que ofrecían a la vista de los extranjeros vivos contrastes de atraso y decadencia; detalles que en su conjunto

⁵ CARL AUGUST GOSSELMAN, *Viaje por Colombia, 1825 y 1826*, versión castellana de Ann Christien Pereira, Bogotá, Ediciones del Banco de la República, 1981, pág. 63.

contribuían a formar una imagen lamentable del estado de cosas de la nación y de su gente. La población rural, que se elevaba a algo más de las dos terceras partes, continuaba viviendo en condiciones materiales bastante difíciles, y en las ciudades y poblados los sectores medios (comerciantes, artesanos, funcionarios, etc.) no vivían considerablemente mejor. A los ojos de los extranjeros esta situación contrastaba con la tierra pródiga y la gran variedad de campos de acción a implementarse en la ciudad y en el campo. ¿A santo de qué, entonces, la poca aptitud de la gente hacia el trabajo, las condiciones sociales complacientes y muelles, las costumbres relajadas en un medio que estaba para transformarse y engrandecerse? es el interrogante permanente de Holton y otros extranjeros. Veámoslo más en detalle; Holton comenta:

En muchas provincias no se encuentra un solo hombre que haya trabajado alguna vez en su vida durante todos los días del mes (pág. 284).

Todos sus ideales se reducen a no pasar hambre, a no mojarse en la lluvia, y a evadir el trabajo y las responsabilidades (pág. 285).

Esta clase de rompecabezas me ha llevado a la conclusión de que los granadinos ganan muy poco, gastan muy poco y más que trabajar soportan los males de la pobreza (pág. 311).

Pero también existen dificultades morales. Estas gentes aman el baile y odian el trabajo (pág. 568).

El hecho de que Holton insista en su relato en la poca disposición del neogranadino hacia el trabajo no puede ser mirado simplemente como la moraleja del 'buen salvaje'; no, todo un orden de factores socio-culturales y de desarrollo histórico estaba en la base de aquella problemática, para la que el curso de las iniciativas de progreso adelantadas por la nación no eran respuesta adecuada.

La movilización social que implicó la campaña independentista, el cambio legislativo, la eliminación de los resguardos indígenas, la progresiva abolición de la esclavitud, los privilegios de los extranjeros, y los continuos enfrentamientos armados fueron dejando en el abandono territorios que cumplían debidamente con su cuota de desarrollo; a cambio las regiones se aislaron y las ciudades empezaron

a recibir masas humanas sin otro programa que residir en ellas en condiciones infrahumanas, acrecentando las dificultades de las ciudades mismas. Hacia 1852 Bogotá contaba ya con alrededor de 30.000 habitantes sujetos a un deficiente servicio de alcantarillado, pocas calles en buen estado, pésimas condiciones hospitalarias, etc. Apoyándose en su exacerbada posición clasista, Holton lamenta no poder “exterminar toda esta pobre gente que es en verdad maleza”, “mancha de la creación, desdoro de la creación”, “pues no están ni entre los productores ni entre los consumidores” (pág. 231). Obviamente no es ésta la lectura más apropiada del orden de factores que hacían de Bogotá a un tiempo centro administrativo, foco demográfico, epicentro de la fe y la cultura, etc.; vale más al respecto una lectura compleja del movimiento socioeconómico de la nación y de su ascenso a las formas de vida ciudadana. La capital representó en la teoría y en la práctica el recurso más efectivo en la búsqueda de salidas a la falta de oportunidades en que quedaban los grupos marginados a raíz de la decadencia de las grandes haciendas, la falta de programas de desarrollo agrícola y las guerras.

En estos términos la Nueva Granada constituía efectivamente una utopía, un territorio para inventar...; aunque corrían los años las iniciativas no abundaban, las dificultades no menguaban, no cesaban las confrontaciones. La lengua, la religión, el sueño de patria existían como patrimonio común ciertamente, pero no para cimentar la comunidad sino para imaginarla. El contenido de la causa independentista debía mirar hacia el futuro a dentelladas, pero a espaldas porfiaba en mantenerse la vieja gloria de las instituciones..., y en medio de todo los neogranadinos con sus costumbres, su indómito terruño y sus valores. ¿Qué habría de resultar entonces? La historia moderna de Colombia continúa en el dilema.

Da la impresión de que este valle gozara de la mayor fertilidad y del mejor clima del mundo, únicamente para demostrar cómo la pereza y el despilfarro son capaces de mantener en la pobreza semejante clase de tierra (pág. 513).

Pero podría ser también que lo que Holton captaba no era más que la ruina material de un pueblo que se recogía sobre sí mismo para reconvertir su tiempo en una nueva maravilla...; no olvidemos que la ley del Congreso de 1839 con la que se alentaba la empresa sociocultural de descripción física de la Nueva Granada, sólo se hizo realidad a partir del 1º de enero de 1850, cuando el presidente José Hilario López oficializó la Expedición Corográfica (redescubrimiento del país en sus posibilidades geográficas, económicas y culturales), que emprenderían Agustín Codazzi, como director general, Manuel Ancízar, como secretario, y un selecto grupo de colaboradores.

Cualquiera que sea, entonces, el sentido estricto del estado de cosas de la Nueva Granada en el momento de la visita de Isaac F. Holton, resulta evidente que el ritmo del siglo era de dimensiones aún no practicables para la Nueva Granada. Evidente o ambiguo, según se mire, en aquel colapso la nación se jugaba su tentativa de cambio y acomodo al orden del mundo.

3. LA RELIGIÓN Y EL ESTADO.

“De todas las influencias que afectan la vida de los granadinos, ninguna tiene más radio de acción y más poder que la religión” (pág. 21), afirma Holton. Efectivamente, el papel de la religión católica en el diario vivir neogranadino resultaba abrumador. Implantada a porfía en los pueblos indígenas y en los esclavos africanos, después de tres siglos la religión católica constituía la piel sensitiva de la nueva cultura neogranadina, y en general latinoamericana; lo que tocaba a sus intereses afectaba a su vez el orden moral e ideológico del Continente. En sus albores republicanos, la Nueva Granada fue entonces toda una nación consagrada al culto de la esperanza y al ambiente de las festividades religiosas que paradójicamente daban como resultado la vida muelle, pasional y festiva que tanto critica Holton.

Yendo codo a codo con la colonización española, la religión católica fue siempre un paso más adelante; cuando

los españoles fueron vencidos, expropiados y expulsados, no por ello fueron derrumbadas las iglesias y clausurados los conventos; la religión se quedó como un ingrediente conservador del nuevo orden, regiamente compenetrada con la estructura económica latifundista, con las jerarquías sociales, las costumbres populares y el lenguaje. Está por estudiarse, empero, el orden de valores implantado por el cristianismo; su despiadado papel desculturador, tanto como el matiz que adquirió al entrar en contacto con las culturas autóctonas; en otras palabras, interrogar en detalle esta institución moral que se echó a hombros la erección del Nuevo Mundo, volver sobre el tipo de relaciones que sostuvo con el nuevo orden político y sobre su incidencia en el curso mismo de las tendencias, cuando la hegemonía de la Iglesia dejó de residir en el 'poder' que le confería la propiedad, y en la 'verdad' que le garantizaba el control de la sociedad.

Al tratar el tema de la religión en la Nueva Granada, Holton excusa la ironía con que carga su discurso en la irreverencia que deduce de los neogranadinos en general; el programa textual de su relato consiste fundamentalmente en el deseo de que el conglomerado angloparlante conozca algunas particularidades de la vida neogranadina; no obstante, las marcas despectivas y burlonas que acompañan las descripciones y comentarios acerca del catolicismo, obviamente van más allá de la simple información. En su relato Holton intenta coincidir con el orden de ideas de los lectores que profesan, como él, el culto protestante, que ante el catolicismo se autoconsidera como más avanzado, coherente y sabio. Implacable, Holton arremete decididamente contra todo lo relacionado con el catolicismo (en especial contra sus ministros): "No hay nada peor que pasar por el frente de un convento de monjas, pues nunca construyen aceras decentes" (pág. 168); "La religión en Bogotá, especialmente entre los hombres, se está convirtiendo en algo obsoleto" (pág. 193); "La historia monástica de Bogotá ha sido horrible. La única orden que no ha dado motivos de escándalo y murmuraciones es la de los jesuitas" (pág. 245); "Por lo general, el joven aspirante al sacerdocio no es ningún novicio

en libertinaje, pero, aun cuando lo fuera, el solo voto de castidad sería suficiente garantía de que pronto dejaría de ser casto" (pág. 69), etc., etc., etc. Nuevamente la ideología del relato de viaje de Holton establece una barrera infranqueable con la realidad observada, no porque la realidad constituya indiscutiblemente un foco de críticas, sino porque el programa de escritura del relato conlleva condiciones (orientaciones) interpretativas que relativizan el papel del discurso como puente informativo, haciéndolo a cambio pregón ideológico:

No he podido hacer por los granadinos todo lo que yo hubiera querido para demostrarles mi agradecimiento. Me habría gustado muchísimo haberles señalado más directamente una religión más pura que les ayudara a remediar los males contra los que están luchando (pág. 571).

Orgullosa de su nueva posición ante el mundo, la Nueva Granada invertía todos sus esfuerzos en normalizar las tendencias políticas que ardientemente se la disputaban. Los ejemplos revolucionarios de Francia y Estados Unidos, junto al deseo ambiguo de conservar el orden heredado, malamente convivían en las calles, tabernas, salas del Congreso, caminos y poblados, pues cada una a su manera quería alzarse con la bandera de la nación y el progreso. Disgregados los resguardos indígenas, el acto simbólico de liberación étnica redundó en poco tiempo en la pauperización de los indígenas, seducidos y engañados por los contratistas de turno. Bajo la tutela de las constituciones, infatigablemente enmendadas y rehechas, los gobiernos populares alternaron sus días con las revoluciones sangrientas; bullía un movimiento incesante de ideas y detracciones, proyectos ambiciosos y empresas frustradas, mientras los países extranjeros calculaban complacidos las prebendas, garantías y mercedes que les otorgaba la nación a cambio de su intervención financiera, sus proyectos de desarrollo y su comercio. Para Isaac Holton este panorama de cambio e imprecisión política no dejaba de ser una muestra más de su resquebrajada imagen de la Nueva Granada; "la crisis del pueblo está en correspondencia directa con la del go-

bierno”, parece deducir. Un ambiente de caos, producto de las prematuras disputas entre liberales y conservadores, cargaba con la desmejorada economía de la nación, retardaba la necesaria modernización de las vías de comunicación, dejaba en el abandono las tierras que requerían mayor atención, como el Istmo y los puertos; en fin, el partidismo redundaba a su vez en enconados regionalismos. José Luis Romero describe las dos tendencias políticas en los siguientes términos:

El liberalismo extremado, el que sostenía el principio igualitario en una sociedad que conservaba su tradicional estratificación, y que proclamaba la libertad en medio de un orden que mantenía su estructura autoritaria, fue criticado duramente desde un punto de vista ultramontano, nutrido del espíritu de la Restauración. También fue combatido desde un punto de vista conservador — al estilo inglés — que condenaba la concepción revolucionaria y que sólo admitía un proceso de cambio que fuera lento y evolutivo⁶.

Al juzgar las enormes posibilidades de la nación neogranadina, obviamente Holton lamenta el enfrascamiento en que se encuentran las disputas por el gobierno, el caos civil en las provincias, el abandono de las fuentes de producción, etc.; cuál no sería su alarma entonces al presenciar la actitud de la gente hacia el trabajo, y cuál su indignación al juzgar que un territorio tan exuberante se malograba inútilmente.

Aunque las autoridades quisieran mejorar la situación [de las cárceles] no pueden hacerlo porque *el gobierno es demasiado pobre y está incapacitado para mantener funcionarios idóneos y costear edificios nuevos* (pág. 247; el subrayado es nuestro).

El Congreso nunca mira atrás para aprender de la experiencia y sabiduría de sus predecesores, y se deja arrastrar por el último capricho que impera en el país (pág. 272).

El ingreso bruto del país es de menos de cincuenta centavos de dólar por cabeza, y esto recargando todos los gravámenes en la

⁶ JOSÉ LUIS ROMERO, *El liberalismo latinoamericano*, en *Situaciones e ideologías en Latinoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, págs. 148-149.

riqueza de la nación, hasta casi ahogarla, mientras los descuidados e indolentes andan libres de toda contribución. Por otro lado no existe estabilidad en el gobierno (pág. 569).

Los comentarios críticos se multiplican; Holton ve en cada caso por el espacio transformable, explotable, cultivable, por la coherencia política, cultural e ideológica que debe sustentar el cometido de la República de la Nueva Granada hacia el futuro. “¿En qué terminará todo esto?” — pregunta Holton —. “Supongo que en bancarrota. Los gastos doblan las entradas, pero no será así cuando *perfeccionen* sus proyectos. No veo otro remedio para la Nueva Granada sino que retroceda y se hunda en la barbarie de los Estados Unidos o aun que la sobrepase” (pág. 570).

4. VISIÓN EXOTISTA.

Hay una característica predominante en el relato de Isaac Holton que excusa su ‘posición privilegiada’ ante la Nueva Granada; se trata de las altas calidades de su visión exotista, a menudo alabadas por los viñetistas de la historia colombiana:

Por sus reseñas de la vida en Bogotá y sus alrededores y la vida del Valle del Cauca, el libro se convierte en un complemento muy importante de otras obras básicas para el estudio sociológico de la realidad del país a mediados del siglo XIX [pág. 3: Presentación de Francisco J. Ortega].

La visión exotista constituye acaso la más acertada posición del extranjero ante la comarca que visita; su valor reside en esa suerte de equilibrio que se da entre la primera experiencia (atenta, expectante, respetuosa) y el desgaste operado en ella por el conocimiento, los prejuicios y comparaciones; en otras palabras, el difícil equilibrio: ‘distanciación/identificación’, ‘sorpresa/familiaridad’. Mientras se conserva la primera experiencia rica y pura del recién llegado, rara experiencia sin dualismos, discriminaciones ni exigencias, se conserva a su vez la visión exotista que resalta los aspectos

extraños, novedosos, desconcertantes de la otra sociedad. Pero no se trata solamente de resaltar, de hacer tópicos como las palmeras caribeñas y el dragón chino; consiste además en advertir aquello que el nativo, ciego para su propia realidad, no puede ver; de esta manera el exotismo promueve positivamente la autovaloración del otro, su interés por conservar aquellos aspectos de su vida que acaso llevan un camino directo hacia la desaparición. El exotista es un inventor de la realidad, sin construir de ella más que una imagen limpia, un espejo sin valoraciones ni modelos. Víctor Segalen lo describe así:

El Exotismo no es entonces una adaptación; no es la comprensión perfecta de un fuera de sí que uno estrecha en sí mismo, sino la percepción aguda e inmediata de una incomprendibilidad eterna⁷.

En el caso de Holton, como en el de los más célebres exotistas, su experiencia de la otra sociedad no consistió, sin embargo, en un deslumbramiento total, pues, como hemos mostrado, fueron muchos los prejuicios que avasallaron su vivencia neogranadina. Pero la visión exotista salva la partida; de proporciones apenas comparables con las acuarelas del diplomático y pintor inglés Edward Walhouse Mark (1817-1895), por su objetividad y su humor, *La Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, de Isaac Holton, constituye sin duda un fiel testimonio de la vida neogranadina de mediados del siglo XIX.

El valle del Magdalena, su desembocadura, nieves perpetuas, Riohacha, los indios guajiros, Santa Marta, los funcionarios del puerto, la escuela de Sabanilla, la recaudación de rentas, la rotación de cargos, lagartos, carteros, pueblitos, la cárcel y la iglesia de Barranquilla, los bogas y la navegación en bongo, zancudos, hormigas, el viaje a lomo de mula, la Popa, Turbaco, el Dique, bailes, casas, la hamaca, platanales, el chocolate, el camino a Honda, bodegas y bodegueros, cargueros, el baño general, pescaderías, desayunos

⁷ VÍCTOR SEGALÉN, *Essai sur l'Exotisme, une esthétique du divers*, Montpellier, Editions Fata Morgana, 1982, pág. 25. La traducción es nuestra.

campestres, la guadua, los mercados dominicales, la misa, los cementerios, saludos y despedidas, ventas, tertulias y alojamiento, la Sabana, tradiciones indígenas, cercas, campos de batalla, la entrada a Bogotá, las casas bogotanas, los sirvientes, la cocina, muebles, comida y frutas, las calles, plazas, edificios públicos, el Observatorio, los cementerios de Bogotá, las legaciones extranjeras, la cortesía granadina, la costumbre de fumar, las clases bajas, el bautismo y los vínculos con los padrinos, la confirmación y la comunión, las devociones familiares, las vísperas, las iglesias y la catedral, relojes, campanas, aras, las advocaciones de la Virgen y de los Santos, las flagelaciones, el vestido de los sacerdotes, los conventos de monjas, toros y caballos, granizadas, el acueducto, el paseo para ir a nadar, la Quinta de Bolívar, capillas, plantas bonitas, los habitantes de tierra fría, los leñadores, las imágenes milagrosas, los depósitos de armas, los soldados, el día de difuntos, gallinazos, hospitales, doctores y boticarios, el páramo de Choachí, fuentes termales, resguardos indígenas, la planta de cabuya, tesoros escondidos, plantas raras, los salones del Congreso, las finanzas públicas, la moneda, colegios provinciales y colegios militares, manufacturas, la agricultura en el Tequendama, el Salto, la neblina, una fábrica de quinina, hilanderas, el yugo del ganado, lluvias, jinetes a la turca, cargueros, corridas de toros, jardines, fiestas de disfraces e inocentadas, juegos, haciendas, posadas, trapiches, el paso del río Sumapaz, culebras, galleras, la extremaunción, el ataúd y la tumba, periódicos provinciales, fantasmas, piedras, aguas de azufre, borrachos, ríos y caminos, volcanes, los exámenes escolares, ayunos, recibimientos, comidas, minas, las noches, los ranchos, un teatro al aire libre, las casas de Cartago, aguadores, pulgas, campesinos y caballeros mentirosos, las familias, frutas extrañas, la vaquería, la destilación del aguardiente, las elecciones, los vestidos de novia, la construcción de casas con guadua, barro y paja, las abluciones matinales, los matrimonios, el bunde, micos, tortugas y aves, precios, chorros, playas, arrozales, barrizales, un molino de agua para moler caña, cucarachas, palmeras y cacaotales, flores extrañas, las celebraciones, la

ruta al Pacífico, una fábrica de peines, tierras comunales, la elocuencia y la moral de los sacerdotes, un ermitaño, funerales, vagabundos, la cuaresma, la bendición de ramos, la crucifixión y la resurrección, los bochinches, etc., han quedado finamente descritos en el relato de Holton, demostrando su interés genuino por descubrir un nuevo mundo que a los ojos de los colombianos de hoy constituye su propio mundo, aún propicio para redescubrirlo y fomentarlo.

Nos queda por preguntar, sin embargo: ¿a qué es reducida la Nueva Granada en el relato de Holton? Recapitulemos:

1. *Atraído por la clasificación de animales y plantas, por la recolección de muestras que contribuyeran al inventario naturalista de América, Holton aprende de la Nueva Granada la lección de exuberancia que ésta no ha dejado de ofrecer a ningún viajero desde que se convirtiera en objeto de explotación, investigación y exotismo.*

2. *Deseoso de comprender la sociedad neogranadina mirando el interior de sus formas culturales y de sus instituciones, Holton abandona la simple expectación para parangonar la modalidad de desarrollo que atestigüa con la que trae entre sienas de la también naciente nación norteamericana. Total...: Holton permanece diferente, guarda su identidad y su acento, evita recategorizar su saber según el ejemplo de la vida neogranadina.*

Hay una suerte de espíritu mesiánico en el discurso de Holton: su principio universalista interpreta la diferencia de los neogranadinos como carencia de relación con sus propios ideales. Pero una paradoja deja traslucir su tentativa como ideólogo para la Nueva Granada: su dificultad de entenderla tal cual es y su deseo de reorientarla.

Imagen exótica o proyecto utópico, la Nueva Granada prosigue su camino.

JUAN MANUEL CUARTAS R.